

ASEDIO CRITICO A LA MODERNIDAD

Cuando el escritor norteamericano William Styron dio a conocer, después de una década de silencio narrativo, su novela Sophie's Choice (1979), era reconocidamente uno de los firmes talentos ~~de~~ ~~su~~ ~~país~~ y el indiscutido jefe de la escuela sureña de novelistas. Después de esa fecha, en que su libro consiguió trepar a la cabeza de las listas de "best sellers", introduciendo una obra de arte en una clasificación generalmente deleznable, pasó a ser, sin disputa, el principal novelista de los Estados Unidos. Había conseguido ese difícil pacto entre las exigencias artísticas y las demandas de un vasto público, había alcanzado sobre todo un raro equilibrio entre su atormentado universo literario, tan intensamente abastecido por una problemática que venía persistente desde el pasado de su cultura originaria, y la visión de la global cultura norteamericana de nuestros días, asumida en un modo preciso, ~~crítico~~ ^{crítico} y hasta humorístico, lo que a su vez le permitía alcanzar, con mayor intensidad que en su anterior Set This House On Fire, la global problemática de la civilización occidental de esta segunda mitad del siglo XX.

El novelista que se había iniciado con una primera, maciza obra escrita a los veinte años, Lie Down in Darkness, que se proponía rescatar ardientemente ese lecho de tinieblas en que yacían las tradiciones de su Virginia natal, había logrado, ya en sus cincuenta años, transformarse en el escritor de la total y compleja cultura norteamericana moderna, haciéndose cargo de todas sus implicaciones internacionales. Es coherente que para lograrlo volviera a sus veinte años, a la soledad de sus años neoyorkinos después de la segunda guerra mundial, esos mismos años en que escribiera Lie Down in Darkness manejando la materia prima que le proporcionaba el universo de su infancia y adolescencia, y entonces acometiera como materia prima su propia formación de novelista en el seno de la capital cultural norteamericana, esa difícil transculturación que es el incesante telar en que se fragua esa extrañísima, fascinante y aun aterradora forma cultural, cuya principalía en el siglo no deja lugar a du-

das, sobre todo a través de la visión enérgica y autocrítica que asumió a partir de la segunda guerra mundial, cuando se expandió victoriosamente por el planeta. Más allá de los personajes y asuntos que se entrelazan en Sophie's Choice (los campos de concentración nazis y las atrocidades de la segunda guerra mundial, la transformación de la sociedad norteamericana en el período, la educación erótica y sentimental de un joven, el modo desencadenado de las pasiones humanas) ella está propuesta como un Bildungroman sobre un modelo millenario pero cuya acrecida manifestación corresponde a los últimos dos siglos, por una obvia razón: es la novela de la transformación cultural que se produce en un joven cuando está siendo incorporado a las condiciones y normas de la modernidad, las que por cierto han dejado de ser aquellas tediosas y grises a las que se resistía Wilhelm Meister en la época de Goethe, para ser en cambio las chirriantes y atroces en que han venido a parar las expectativas optimistas de la Aufklärung (Horkheimer dixit). Es peculiaridad aneja del Bildungroman su apelación al género autobiográfico que Styron aceptó plenamente para la composición de su novela, incluyendo en ella abundantes materiales de su vida, incluso su tardía venganza contra la editorial McGraw Hill en la cual trabajó de joven como lector y, espléndidamente, su educación erótica tratada briosamente sobre un ritmo musical "allegro giocoso". Al asumir la autobiografía, colocando un "yo" que vive y conoce en el centro de la acción, puede trazar paralela y armónicamente los dos procesos fundamentales que persigue: la exposición de los terribles efectos de esa modernización en dos personajes marcados por sus deletéreos efectos (Sophie y Nathan) dentro del escenario cosmopolita neoyorkino y la historia de una conciencia que toma conocimiento, evalúa y transforma esos elementos, operando tanto con ellos como con sus peculiares y tradicionales componentes culturales. El joven Styron que al final de la novela retorna a Virginia y con lágrimas lee ^{se} el salmo de la Biblia en el vagón del ferrocarril, se contrapone a los dos cuerpos de que ha dado cuenta el cianuro ~~úctico~~ sódico en el cuarto de la pensión neoyorkina, después que han oído por última vez el larghetto del concierto para piano en si bemol de Mozart. Ese joven ya no es más el que conocimos, en pugna con las oficinas de la editorial, al comenzar la novela.

El espinazo que sostiene y arquitectura a un gran escritor es, frecuentemente, una grave problemática sobre el hombre en el mundo. En Styron ha sido desde siempre el conflicto con la modernidad y eso, que lo aproxima a la sensibilidad agudizada del hombre latinoamericano de hoy en sus grandes ciudades cosmopolitas, da también la pauta de una situación universal que, a contrapelo de la visión esquemática que por lo común se tiene del mundo norteamericano, anima fuertemente su desarrollo contemporáneo. Si hubo un tiempo en que Faulkner pudo ser, para Rulfo, para Onetti, para García Márquez, una especie de hermano mayor, que testimoniaba la semejanza entre una región más allá de río Bravo y el resto latinoamericano, vuelta a comprobar en sus descendientes menores (Carson McCullers, Truman Capote), es posible que Willian Styron represente en la actualidad un puesto similar, visto que el desafío para las nuevas generaciones de escritores que se congregan en las urbes latinoamericanas está representado por esta invasora modernización que acumula bueno y malo por igual, espléndidas joyas de arte y basura de la industria cultural, respecto a la cual no es posible el altivo aislamiento sino la reelaboración desde la perspectiva viva de los valores adquiridos por la acumulación del pasado, por su sistema estructurante.

(Debería hablar aquí de uno de los tópicos críticos que me parecen más inanes y peor fundados, el de la "ruptura", sólo vista en el campo literario sin apreciar la totalidad que implica, pues es de hecho la asunción acrítica de la coordenada universal con voluntaria negativa de la nacional o regional, de hecho una esperanzada rendición que apuesta al triunfo de la sociedad industrial burguesa para encontrarse luego con sus desperdicios operativos en medio de la partición y el marasmo de la sociedad latinoamericana. Sin embargo, desde que fue predicada inicialmente por nuestros neoclásicos de 1800 e intensificada desde nuestros modernistas de fin del XIX, nunca dio la tal buscada "ruptura" con su consiguiente integración en una homogeneidad presuntamente universal, sino la mucho más normal y legítima modernización por trasmutación mayor o menor, tanto vale decir, apelando más o menos a los componentes tradicionales internos para sacudirlos y reavivarlos con los modelos externos. En definitiva, otra de las ilusiones que constituyen el imaginario de los escritores latinoamericanos, cuando carecen de la objetividad necesaria para observarse como la misma atención con que observan al modelo internacional,

cosa que no le ocurre a un escritor como Styron, quizás porque escribe encabalgado entre los dos campos -modernizado y tradicional- que constituyen parejamente su totalidad social y cultural y es suficientemente lúcido para medir beneficios y perjuicios, ~~como~~ para ~~pensar~~ pensar que la solución válida sea "romper" con el bagaje constitutivo de su personalidad cultural y "asumir"/^{el} que una de las partes, sin duda de las más exitosas, de su propio país, le propone. Pero volvamos a Styron, ya que es él quien proporciona una eficiente solución al problema).

Set This House on Fire fue su primer acometida del conflicto. Se trataba allí del tema recurrente de la vida intelectual norteamericana en sus vínculos con la fuente europea, que es una de las claves de su desarrollo histórico: otra vez la "lost generation" según el acta bautismal que le dispensó Gertrude Stein, ahora en el desquiciamiento que siguió a la segunda guerra mundial y en su centro más conspicuo, Roma. Lo que allí pintaba Styron no era sólo lo que para su paleta había llamado Van Gogh "las terribles pasiones humanas", sino el modo en que ellas develaban, ponían al día, el ancestral conflicto de la luz y las tinieblas. Lo que estos norteamericanos, rodando enfurecidos y sin rumbo entre pueblos, palacios y campesinos que parecían testimoniar la invariable eternidad, estaban actualizando sin parecer saberlo, era el combate de los valores magnos de la civilización. A través de la opacidad de sus impulsos, trabajando sobre el mismo desenfreno a que los había arrojado la práctica de la guerra, amasando su propio autodesprecio y la distancia sideral con el coro popular, debían sin embargo reconstruir el hemisferio del Bien y el del Mal que había sido predicado en los orígenes y reinstaurar la primacía del primero. La vitalidad y el ardor de la novela respondían a esa inmediatez concreta con la cual Styron construye sus personajes y también a la urgente gravedad del debate a que eran sometidos, por el cual eran desgarrados y puestos en situaciones límites.

Sophie's Choice retoma existencialmente la misma problemática desde una perspectiva más serena como corresponde a la edad adulta en que fue escrita. Se diría un "trío" compuesto sobre una pauta clásica, en oposición al romanticismo erizado de Set This House on Fire, pauta que ya estaba implícita en una subrepticia novela de tesis como fue Las confesiones de Nat Turner que en 1967 mereció el

5

Pulitzer y una ácida polémica respecto a sus proposiciones liberales sobre la integración racial en Estados Unidos. Lo que va de esos antecedentes a esta novela última es el reconocimiento y la aceptación de la revolución crítica que se produjo en los Estados Unidos de la década de los sesenta, ~~estando~~^{SV} generalizada insurrección contra múltiples convencionalismos y tabúes, que en Styron se traduce por un abandono del envaramiento y la subrepticia solemnidad de su tratamiento narrativo en beneficio de un acercamiento más informal, detallado y vivaz a lo que sigue siendo la médula de su comportamiento creativo: la invención de personajes y el desarrollo de sus conflictos. El 68 ha modificado comportamientos en todo el mundo y quizás más en uno de sus focos, el norteamericano, acentuando un realismo crítico y una libertad de costumbres contra los cuales me parecen vanos los esfuerzos de los neoconservadores actuales procurando embridar energías desencadenadas, pero el mismo movimiento ha conservado el ínsito individualismo de la cultura norteamericana, su atención por la peripecia audaz del individuo en cualquiera de sus manifestaciones dentro del amplio abanico que lleva del capitán de industria del capitalismo al constitutivo anarquista. A esa perspectiva es fiel Styron, para quien la novela es, ante todo, un conjunto de personajes verosímiles engranados en un conflicto que se abastece de sus ~~pasiones~~^{pasiones}, aunque todos ellos sirvan, sin que tal pensamiento llegue a rozar sus conciencias, a una cósmica ejemplificación de un debate sobre el destino. La caja de resonancias en que todas las acciones humanas se inscriben, parece proporcionarla el trílogo de Jehová, el Demonio y Job.

Tres personajes componen esta obra de cámara, cada uno de los cuales se desarrolla sobre un tema musical propio: es el joven Styron puesto al descubrimiento del mundo, a saber, la creación literaria, el ejercicio sexual y la construcción del sentimiento, todo ello con ardor, verdad, fuerza, aunque visto desde una perspectiva lejana e indulgente que le otorga una fresca y humorística nota de "allegro vivace"; Sofía, la polaca católica que ha vivido la experiencia del campo de concentración hasta sus repliegues humillantes y destructores, en quien este existir posterior es solo sobrevivencia y apetencia constante de la muerte que cancele un padecimiento que no por escondido es menos tenaz puesto que está inspirado por la terribilidad de la muerte del alma que da la nota grave y dramática; por último Na-

t han, que es la tormenta, la lucha de contrarios, el desequilibrio, la imposibilidad de equilibrar los suntuosos dones naturales para ponerlos al servicio de una realización personal y real, la imaginación insumisa y la pasión en vilo, desenfrenada, todos los combates de las potencias ingobernables del alma que parecen traducirse en un robusto tema de Brahms. Fabulosos personajes que rigen la acción en medio de un despliegue de múltiples personajes secundarios tratados con la misma prodigalidad y la misma riqueza de matices literarios. Si se piensa en los rumbos que viene siguiendo la más reciente producción narrativa de Estados Unidos tras el magisterio de John Barth y los experimentalistas literarios, Styron se define nítidamente como un tradicionalista, puesto en el cauce mayor de la novelística que arranca de Flaubert, tal como ocurre en algunos congéneres latinoamericanos (ejemplo Vargas Llosa) para quienes se trata de valores constitutivos del género que son reacios a abandonar. Creo que parte de ese pacto difícil con el gran público que registramos en el éxito de su novela, esté dado por esta conservación de principios tradicionales, aunque hayan sido remozados con tanto brío e ingenio, insertando una nota de distanciamiento crítico (la propuesta por Thomas Mann en Europa) que libera al lector de una dependencia estricta y le concede libertad de enjuiciamiento. La soltura de la narración, la libertad con que se alternan y contrastan los tres temas fundamentales de la obra, la impostación liviana del manejo de situaciones aunque estas puedan alcanzar temperatura ^a dramática alta, todos esos recursos modernizados y sabios no alteran una proposición artística básica de tipo tradicional, la cual, contra toda previsión teórica, produce un alto rendimiento, intelectual y estético. Casi se diría que resulta un traspiés molesto para quienes pasan decretando la muerte del realismo literario, sin percibir que solo se refieren a alguna de las máscaras de este malicioso Proteo.

Uno de esos benéficos resultados es el desvanecimiento, que no la eliminación, del marco doctrinal en que se inscriben personajes y acciones. Aquella cósmica caja de resonancias no parece presente proporcionando ese término absoluto que le era indispensable a las anteriores creaciones de Styron. No es abandonada, sin embargo; solo que ahora resulta absorbida en la patencia de los personajes, con lo cual el debate forzosamente se relativiza dado que es remitido a la conciencia del lector, libremente, y en ella se compone con las ten-

dencias que constituyen su propio campo de fuerzas. Por lo mismo también el novelista es más libre y puede elaborar con mayor desembarazo el concreto y apriorístico funcionamiento de sus criaturas, lo que nos provee de uno de los ejercicios de pericia narrativa memorables de la actual ~~literatura~~ literatura. Eso que antes se llamaba el conocimiento del oficio y consistía en proponerse los más dificultosos problemas de composición (hacer literariamente una batalla, trasponer en las palabras una temperatura amorosa, manejar organizadamente todos los personajes de un baile mundano, estructurar niveles reales y fantásticos, etc. etc.) eso encuentra en Styron un sutil artífice que a lo largo de las quinientas páginas de su novela pasa por todo tipo de escenas y dificultades sin que ~~no~~ se perciba el esfuerzo, dibujando levemente la totalidad con un trazo aéreo, elegante, de segura destreza, alternando asuntos, personajes, situaciones, largas confesiones, evocaciones, soliloquios, diálogos, hasta componer lo que se ha propuesto: un arabesco ininterrumpido que finge la vida, el tiempo, la consumación de los destinos.

Claro está que lucha menos contra la modernidad. No en balde han pasado casi tres décadas desde sus comienzos literarios y no se ha visto que ella retrocediera. Eso no significa que ahora esté dispuesto a aceptarla, pues del reconocimiento (sobre todo cuando ^{éste} explora la perspectiva mortal, nihilista, que la acompaña) a su aceptación, hay mucho que recorrer. Diría que la integra a una demostración de pervivencia de los antiguos valores internamente conservados, tal como se apela a la sombra para evidenciar los cuerpos iluminados, confiriéndole esa nota sombría que desde los antiguos persas se ha reconocido a las fuerzas que contribuyen a la destrucción. Hace más de un siglo que el arte dibuja pacientemente "las flores del mal" y las cultiva en los correspondientes jardines artificiales, absorto en su terrible belleza. Así hace Styron, amorosamente acodado a la cerca que lo separa y protege de su irresistible atracción.

* Buen parte de la obra de Styron ha ingresado al español. Sophie ha sido publicada por Grijalbo, Barcelona 1980 (trad. de Antoni Pigrau); Las confesiones de Nat Turner, fue publicada en Barcelona, por editorial Tusquets; La casa en llamas apareció hace años en Buenos Aires en edición de Goyanarte y no sé que se haya reeditado.